

LOS HORARIOS DE LA CELEBRACION (II)

P. FARNES

Hace unos meses, en el pasado octubre concretamente, hicimos ya una primera aproximación sobre los horarios de las celebraciones. Entonces pudimos ya detectar tanto los pasos dados por el Vaticano II como la intencionalidad que persiguió la reforma litúrgica en este ámbito concreto.¹ Dos aspectos fueron sobre todo subrayados: la *sacramentalidad* que tiene la celebración nocturna de la Vigilia pascual y la *funcionalidad* que persigue el horario de las diversas partes del Oficio en vistas a la santificación del tiempo y a la realización del ideal evangélico de una oración asidua.

Pero hay un segundo aspecto que no fue tratado y que hoy quisiéramos abordar: el del paso de la teoría a la práctica. O dicho de otro modo: el examen del cómo y hasta qué punto se han llevado -o pueden llevarse- a la práctica las enseñanzas y orientaciones del Vaticano II y del Magisterio posterior de la Iglesia. Sobre ello, pues, nos proponemos reflexionar aquí.

Las enseñanzas y orientaciones del Magisterio que analizamos versaron sobre dos temas: la Vigilia pascual y el Oficio divino. Por lo que se refiere a la Vigilia pascual las enseñanzas del Magisterio se han llevado a la práctica, por lo menos en cuanto su *materialidad*. La celebración pascual durante la noche, en efecto, ha ido ganado cada vez más terreno y ha llegado a ser habitual moralmente en

1 Cf. *Oración de las horas*, XXIII (1992) 340-351.

todas las comunidades. Por lo que se refiere, en cambio, a la percepción de su *sacramentalidad* quizá no pueda serse tan optimista; el hecho de que la Noche pascual se realice aún las más de las veces abreviada, reduciendo sistemáticamente el número de lecturas, obliga a poner en tela de juicio que se haya captado la significatividad propia de la Vigilia como verdadera *Noche de vela en honor del Señor* (Ex 12, 42). Para no pocas personas piadosas, nos parece, resulta más comprensible la nocturnidad de una adoración eucarística -la adoración nocturna prolongada durante gran parte de la noche por ejemplo- que la larga velada nocturna de la celebración pascual.

Pero hoy vamos a limitar nuestra reflexión a los horarios del Oficio y de la misa preguntándonos hasta que punto en la vida de cada día se han asumido de verdad los valores que sobre el horario de las celebraciones persiguió hace unos años la doctrina y la reforma conciliar. Nuestros interrogantes podrían ser estos: ¿Se celebra hoy la liturgia con unos horarios que ayuden a la profundización constante del ideal cristiano? Y si descubrimos que las prácticas actuales se sitúan aún lejos del ideal, ¿qué caminos deberían seguirse para progresar hacia la consecución del mismo?

1. Las horas de celebración antes del Vaticano II

Para ver hasta qué punto nuestra práctica postconciliar ha progresado o no en la línea sugerida por el Vaticano II nada mejor que comparar nuestros usos con los de la época preconciliar. Sintetizar lo que eran los horarios litúrgicos antes del Concilio no resulta difícil: las celebraciones cristalizaban casi siempre en tres -a veces incluso en dos- bloques: en un primer momento se reunían, alrededor de la misa de la mañana, las llamadas *horas menores* (prima, tercia, sexta y nona); en un segundo espacio, por la tarde, se ensamblaban *Vísperas* y *Completas*, con frecuencia seguidas de Maitines y Laudes del día siguiente; finalmente en un tercer espacio, se rezaban *Maitines* (nuestro Oficio de lectura) y *Laudes* a no ser que este tercer espacio de plegaria no se hubiera unido, como hemos dicho, al rezo anterior de *Vísperas*. Estos dos o tres espacios de oración se situaban, según las personas y comunidades, en diversos momentos de la mañana o de la tarde que variaban, aunque no excesivamente, de persona a persona y de comunidad a comunidad, pero que siempre tenían en común la inadecuación con las horas del día a las que se aludía en los textos litúrgicos. Ello tenía una grave consecuencia: la no adecuación de las palabras litúrgicas con la realidad del momento (a primera hora de la mañana, por ejemplo, se

rezaba el himno *Rector potens... qui illuminas ignibus meridiem* («Poderoso dispensador de las horas que iluminas el mediodía con fuego ardiente») y a continuación, el propio de nona que pedía *largire clarum vespere* (Concédenos un luminoso atardecer) favorecía evidentemente el ritualismo vacío y, a la larga, convertía la plegaria litúrgica más en obligación que debía cumplirse que en realidad orante que debía vivirse con la mente, el corazón y los labios.

Si tuviéramos que describir concretamente cómo los grupos distribuían en la práctica los momentos que teóricamente constituían la liturgia *de las horas* (aunque en aquel entonces el Oficio no tuviera este nombre) diríamos que en las catedrales a media mañana acostumbraban celebrarse las cuatro *horas menores* y la misa conventual y a primeras horas de la tarde *Vísperas* y *Completas*, seguidas las más de las veces de los *Maitines* y *Laudes* del día siguiente. Por lo que respecta a los monasterios un primer bloque ensamblaba *Maitines* y *Laudes* o bien a media noche o bien en la madrugada; un segundo bloque, ubicaba casi siempre como en las catedrales las *horas menores ensambladas* con la misa (en la práctica más reciente de algunos monasterios, prima se había adelantado); en un tercer bloque se situaban las *Vísperas*, separadas aquí de las *Completas*, el único oficio que en los monasterios conservó siempre su hora propia antes del descanso.

La vida litúrgica de los religiosos y sacerdotes sin coro dependía en gran parte de la *espiritualidad y observancia* de cada uno de ellos. El ideal, con todo, era siempre más o menos rezar el Breviario lo antes posible: a primera hora de la mañana, a poder ser antes de la misa, las cuatro *horas menores*; después de comer, tan pronto como fuera factible, *Vísperas* y *Completas* y finalmente, en la tarde pero sin dejarlo para las horas más tardías -*quamprimum* aconsejaban los directores espirituales- *Maitines* y *Laudes* del día siguiente (en España esta hora se adelantaba aún, pues, como privilegio de la Bula, se permitía -y se aconsejaba- rezar ya los *Maitines* y *Laudes* del día siguiente a partir del mediodía). La finalidad de este horario era clara: se trataba de cumplir lo antes posible con la *obligación* del rezo para así poder dedicarse con mayor sosiego a la *oración personal*. La lectura de los repetidos propósitos de ejercicios que figuran en el célebre *Diario del alma* de Juan XXIII, brinda un claro testimonio de lo que era considerado como horario *ideal* del Oficio para el buen sacerdote: rezar el Breviario *siempre lo antes posible*. Este fue, pues, el panorama de la distribución de las horas del Oficio para los diversos grupos de obligados al mismo en los largos siglos que discurrieron desde la edad media hasta el Vaticano II.

2. La práctica actual de las horas de celebración

Empecemos diciendo que *materialmente* el horario actual del Oficio no difiere mucho del de la época anterior. Hoy como ayer los obligados al Oficio dedican generalmente a la oración litúrgica tres momentos de su jornada:² el comienzo y el final del día y un tercer espacio que varía según las posibilidades y modos de vivir de cada uno. La diferencia, pues -y es en este punto muy notable- no estriba tanto en la materialidad de los espacios de oración sino más bien en el *modo y espíritu* con que se realizan cada uno de los momentos de plegaria. Ahora las respectivas horas de oración corresponden mejor al significado del momento en que se tienen y a las expresiones litúrgicas que se usan en cada momento de plegaria.³ A ello ha contribuido, sin duda alguna, la disminución en la obligatoriedad en el rezo de las diversas horas canónicas que, precisamente con este fin, estableció el Concilio (IGLH 89 e) PARDO 3891).

Otro hecho que llama la atención es que hoy ya no se dan, como antes del Vaticano II, recomendaciones espirituales sobre un horario ideal para el Oficio. Ello es sin duda consecuencia de que se ha asumido como hábito ya indiscutible el principio de que las horas deben corresponder al tiempo natural y que, en concreto, las Laudes deben rezarse como oración de la mañana y las Vísperas como oración de la noche (IGLH 88-89, PARDO 3890-91). En la práctica, pues, tanto en las comunidades como entre los que rezan individualmente el Oficio, lo que ha mejorado más es el espíritu con que se sitúan las horas a través de la jornada.

Otro aspecto o diferencia notable que conviene por lo menos citar y que distancia los usos preconciliares de los nuestros -no trataremos aquí de ello porque incide sólo tangencialmente en la problemática del *horario*- es el hecho que hoy se han incorporado a la oración litúrgica muchos que antes no

2 En los pocos Monasterios que siguen el curso completo del Oficio las tres horas de Tercia, Sexta y Nona hoy se celebran siempre en sus momentos propios y con ello expresan mucho mejor la asiduidad de la oración cristiana. Pero hay que decir que la mayoría de Monasterios tiene hoy dispensa de dos de las horas canónicas.

3 Desgraciadamente muchas expresiones de los himnos en lengua popular prescinden de este matiz que, por otra parte, recuerda explícitamente la IGLH (núm. 173, PARDO 4114). Bajo este aspecto hay que elogiar la edición de la Liturgia de las horas de Colombia-México, cuyos himnos casi siempre tienen la referencia a la hora o al tiempo que pide la IGLH.

participaban en la misma (religiosos no ordenados e incluso seglares). Aunque éstos dedican habitualmente a la plegaria litúrgica no tres momentos sino generalmente dos -el principio y el fin de la jornada- a pesar de ello también para éstos el horario de la oración litúrgica ha significado un verdadero progreso pues antes desconocían totalmente la plegaria de las horas y en la actualidad han asumido los dos principales momentos de la oración eclesial.

3. La oración de la mañana

Como ya hemos señalado antes del Vaticano II por la mañana acostumbraba haber una primera celebración del Oficio en la que se recitaban las cuatro horas menores que, en muchos de sus formularios aludían a acontecimientos de la historia santa acaecidos o propios de las horas de tercia, sexta o nona. Estas horas se celebraban según una normativa precisa y con una distribución distinta según se tratara de un día festivo, ferial o penitencial, unas antes otras después de concluida la misa. Hoy hay también una celebración al comienzo del día; pero esta celebración no ensambla artificial o jurídicamente tres momentos distintos sino que, en un contexto de acción de gracias y alabanza (Laudes) celebra los acontecimientos salvíficos propios de la aurora (sobre todo alusivos a la resurrección del Señor) e incorpora algunos elementos de carácter religioso más común propios del comienzo del día (que antes figuraban en Prima) como son las preces y la colecta final que tienen la finalidad de ofrecer a Dios la jornada.

Hoy como ayer en esta hora matinal a veces se ensambla una hora del Oficio con la misa. Pero la unión se hace de forma distinta. Antes se celebraban íntegramente varias horas, una tras otra, con su inicio y su fin, como si se tratara de celebraciones distintas. Ficticiamente, pues, se *simulaba* estar primero al comienzo del día rezando prima, a continuación se simulaba estar en la hora de tercia (9 h.), al cabo de unos momentos en la hora de sexta (12 h.), finalmente en la de nona (15 h.) y entre estas horas ficticias y seguidas se situaba la misa. Hoy, en cambio, la celebración es única: propiamente habría que decir que cuando se une Laudes con la Missa solo se celebra la Eucaristía y ésta santifica con creces el inicio de la jornada. Todo el contenido contemplativo de alabanza y acción de gracias propio de Laudes se contiene, podríamos decir, y en forma eminente, en la celebración eucarística; a la Eucartía matinal con todo en este caso se incorpora la *salmodia de Laudes* a

fin de que los fieles que habitualmente participan de la misa en la hora de la oración matinal no omitan sistemáticamente el conjunto de salmos de Laudes.⁴ Hoy pues, aunque como ayer tengamos una primera celebración al inicio del día, con todo esta primera oración tiene un contenido muy diverso de las antiguas horas menores colocadas alrededor de la misa. Hoy la celebración de Laudes -o en su caso la celebración eucarística con la salmodia matinal incorporada- corresponde realmente al inicio de la jornada.

4. La oración durante el día

Para significar y vivir la asiduidad de la plegaria cristiana los fieles han acostumbrado desde muy antiguo ir como sembrando la jornada de pequeños espacios de oración. Ya a finales del siglo I la Didajé recomienda orar tres veces al día (VIII, 2). Pero en estas frecuentes oraciones se trataba más bien de un pequeño espacio de oración personal que de una celebración litúrgica. Fue sin duda cuando nacieron los grandes Monasterios cuando los monjes que vivían en comunidad fueron introduciendo la práctica de rezar también en común las preces que los antiguos cristianos rezaban en privado.

Reunirse para un Oficio común tres veces al día es, sin duda alguna, una bonita y expresiva práctica para vivir y manifestar la asiduidad en la plegaria. Pero este ideal ya se entrevé que sólo es factible en una vida común como la de los Monasterios. Por ello la normativa actual la ha conservado únicamente para los que viven en común (Sac. Conc. 89, PARDO 3891). Es más: no sería difícil demostrar que históricamente nunca ha existido, fuera de las comunidades monásticas o canónicas, una celebración de las tres horas en sus momentos propios. Cuando los clérigos que no vivían en común asumieron la costumbre de rezar como los monjes y canónigos todo el curso del Oficio ya lo hacían ensamblando en una misma hora las diversas partes del Oficio.

La normativa y la práctica actuales son, pues, ricas y verdaderas. Cuando es posible -es decir en los Monasterios y cuando se trata de grupos o individuos que dedican unos días al retiro u oración- se conserva todo el curso de las diversas horas; cuando este ideal no resulta posible se provee a que la oración santifique lo más posible las diversas partes de la jornada. La normativa

4 Véase al respecto nuestro comentario sobre el significado de la misa unida a una hora del Oficio en *Oración de las horas* XVII (1987) 70-76.

vigente parte de un doble principio: los espacios de oración conviene que sean frecuentes, lo más frecuentes posible. Y que tengan, también en la medida de lo posible, referencia a los hechos de la historia de la salvación. Que no se limiten a ser una oración *común* del creyente sino la plegaria *cristiana* del hombre evangelizado. Este es el primer principio. El segundo principio es que se atienda a las posibilidades reales de cada persona y de cada comunidad, que se evite, por tanto, como fue la realidad de otros tiempos, una oración ficticiamente asidua (rezar sí todas las horas pero una tras otra y con una alusión falseada al momento, a primeras horas de la mañana, por ejemplo, aludiendo al calor del mediodía o al declinar de la luz).

En la actualidad, pues, los monjes y todas aquellas personas que dedican unos días a la oración⁵ recitan el curso completo y tradicional de las horas: Laudes, como comienzo del día, Tercia, Sexta y Nona en celebraciones, oportunamente distribuidas durante las diversas horas de la jornada, para permanecer así asiduos en la oración y contemplar los mayores eventos cristianos (Venida del Espíritu o subida del Señor al Calvario en Tercia; Crucifixión o visión de Pedro llamado a la universalidad de la misión en Sexta; Muerte del Señor o plegaria de Pedro y Juan en Nona) y Vísperas como oración del final de la jornada.

Pero este horario de intensa y frecuente plegaria no resulta posible a la mayoría de fieles ni de religiosos y sacerdotes sumergidos en las tareas del apostolado. Para ellos es preferible una expresividad más modesta, pero auténtica, que un rezar todas las partes del Oficio sin relación a su funcionalidad de santificar y contemplar los momentos de la historia santa. Consecuentemente para velar por la autenticidad de las diversas horas de oración en vistas a una plegaria lo más frecuente, pero acomodada a su vida, se ha modificado la disciplina: los religiosos de vida activa no ordenados acostumbran rezar las dos horas principales, Laudes y Vísperas, que coinciden con el principio y fin de la jornada, las horas precisamente que ya los antiguos llamaban *legítimas*, es decir, de ley común para todo cristiano. Los ordenados a estas dos horas añaden, además de Completas y del Oficio de lectura de cuyo significado

5 Nos parece necesario insistir -casi siempre se olvida- que en los días de retiro conviene rezar las tres horas menores. Si de hecho la obligación se ha reducido a una sola de ellas ha sido *exclusivamente* porque en la vida cotidiana resulta difícil interrumpir el trabajo para orar a intervalos frecuentes; pero en los días de retiro la situación es muy otra (Cf. IGLH 76, PARDO 4017).

hablaremos en otra ocasión, una de las antiguas horas menores, la que mejor cuadre al horario de su vida, para dar por lo menos a la jornada como una nota de asiduidad en la plegaria.

Unas observaciones referentes a esta hora menor: no conviene asemejarla en su estructura a las grandes horas de Laudes y Vísperas que forman el núcleo de la oración eclesial. Las horas menores son más bien un pequeño espacio de oración que interrumpe la actividad del día. En estas horas, por ejemplo, no se dice el Padrenuestro porque es una plegaria de demasiado valor para una hora *menor*. A este respecto no nos parece acertada la posibilidad que brinda la edición española de la Liturgia de las horas de himnos variantes, excesivamente largos para una hora *menor* y propios en muchos casos. Tradicionalmente -así figura aún en la edición típica latina- los himnos de las horas menores son breves y varían en poquísimas ocasiones

También quisiéramos subrayar que el nombre de *Hora intermedia* con que a menudo se anuncia esta hora en nuestra Liturgia de las Horas y en la práctica habitual resulta poco expresiva y desde luego poco tradicional: se trata de Tercia, o de Sexta, o de Nona. La edición francesa del libro del Oficio las llama, con mayor expresividad, *Office du milieu du jour* (oración en medio de la jornada). En la edición latina, por su parte, la expresión *Horam mediam* aparece siempre acompañada del nombre propio de *Tercia*, *Sexta* o *Nona* y no como nombre propio de esta parte del Oficio.

5. La oración de la noche

Antes del Vaticano II por la tarde se acostumbraba dedicar también un espacio a la celebración del Oficio. Pero de la misma manera que por la mañana se ensamblaban las cuatro horas menores y la misa en un único momento, así por la tarde lo más común era unir Vísperas, Completas y a veces incluso Maitines y Laudes del día siguiente. Únicamente en los Monasterios se posponían las Completas (que se rezaban antes del descanso) y los Maitines y Laudes que se tenían a medianoche o al amanecer.

Hoy las Vísperas han recuperado su espacio propio al final de la jornada y, con un cierto paralelismo con Laudes o plegaria del principio del día -paralelismo a nuestro juicio un tanto exagerado- por lo menos teóricamente se miran como plegaria de fin de la jornada.⁶ Vísperas, como Laudes, puede ensamblarse

6 Conviene, con todo, advertir que ni tradicionalmente ni en la práctica postconciliar el

tambien con la Eucaristía -o mejor, la salmodia de Vísperas puede incorporarse a la misa- si ésta se celebra al fin del día, cosa que no podía darse en la antigua disciplina porque había desaparecido la posibilidad de las misas vespertinas (únicamente se colocaban anormalmente las Vísperas, inmediatamente despues de la misa en los días Cuaresmales).

6. ¿Ha progresado en la práctica actual la finalidad del oficio?

Las maneras actuales de distribuir las horas del Oficio durante la jornada, en lo que se refiere a la materialidad de los momentos que se dedican a la plegaria litúrgica, no han variado excesivamente como hemos visto: una celebración por la mañana, otra durante el día y una tercera por la tarde. Pero sin duda alguna lo que sí ha progresado es la concordancia de estos tiempos de plegaria con lo que celebra cada una de las horas del Oficio. Ahora se respeta la naturaleza propia de Laudes como oración de la mañana y no quedan violentados sus formularios ni sus frecuentes alusiones al inicio del día. Las horas menores ya no se ensamblan artificialmente una tras otra al inicio del día ni se violentan muchos de sus textos y cantos que tienen clara referencia a las horas centrales de la jornada. Las Vísperas o se sitúan en el fin de la jornada o, por lo menos, no muy lejos del mismo. Aquí tenemos, pues, un auténtico progreso.

Cabría con todo preguntarse si realmente se ha asumido con plena conciencia e interiorización los significados de cada una de las horas y el contexto más general de expresar a través de las diversas horas y oficios la asiduidad en la oración. En los monasterios por ejemplo, en los que la larga salmodia de las vigiliass ha precedido Laudes, pensamos que es difícil que se viva el sentido

paralelismo Laudes-Vísperas es total. En la antigüedad (desde el s. V hasta S. Pío X) Laudes tenía 7 salmos *matutinos*, 6 de los cuales se repetían invariablemente cada día del año; Vísperas, en cambio, tenía 5 que variaban cada día y que casi ninguno de ellos tenía matiz vespertino (sí que lo tenían, en cambio, y desde la más remota antigüedad, los salmos de Completas, que en la tradición latina eran idénticos cada día como en Laudes). Otra diferencia que conviene notar es que como final del día, aún hoy, a Vísperas se añade, como segunda oración de la *noche*, Completas, mientras que Laudes es la única oración de la mañana. Aún hoy, a pesar de la reforma los salmos de Vísperas son bastante comunes y se continúa entreviendo en ellos los vestigios de una recitación seguida del salterio (de sus salmos más populares por orden numérico), mientras que Laudes tiene una salmodia mucho más seleccionada (un salmo matutino + un cántico + un salmo de alabanza o *laudade*).

de Laudes como primera plegaria de la jornada e inauguración del día si antes ya ha habido un largo Oficio de salmodia. Si entre las Vigilias y Laudes hubiera un espacio de descanso nocturno, como se acostumbraba antiguamente, sería más fácil la vivencia de Laudes como la primera plegaria del día. Quizá aquí debería pensarse en un ensamblaje de las Vigilias con Laudes, como aparece ya en la *Regula monasteriorum*.⁷ Pero sobre este punto volveremos a insistir en otro momento.

Otro defecto frecuente en algunas de las comunidades de vida activa y que ocasiona que el carácter de Laudes quede algún tanto maltrecho es el anteponer a Laudes unas *oraciones de la mañana* u ofrecimiento de obras rezadas en común. Con esta práctica ni Laudes es la primera oración, ni las preces y colecta final logran su significado de ofrecer a Dios el día pues de hecho ya se ha ofrecido (si a Laudes precede un espacio de oración no comunitaria sino individual la cosa sería distinta pues a la oración individual le cabe muy bien el carácter de preparación personal a la celebración litúrgica vivida como cumbre (Cf. Sacr. Conc. 10, PARDO 10).

En cuanto a Vísperas el progreso no ha sido tan logrado. Pensamos que no se ha captado suficientemente el contenido de la norma conciliar: Vísperas como *oración de la noche*. Sobre la hora de Vísperas ha influido excesivamente la realidad medieval que perduró hasta casi nuestros días (hasta el uso de la corriente eléctrica) de que la jornada terminaba con la puesta de sol. Hoy la vida laboral termina mucho más tarde. Y la oración de la noche por ello, excepto en los Monasterios en los que el trabajo manual sí que acostumbra terminar con la puesta del sol, la hora de Vísperas -el final del día- no es el atardecer⁸ sino la noche bien entrada. Muchas de las preces y de las colectas de Vísperas no cobrarán su verdadero sentido si no se sitúan en la hora que es de verdad el fin de la jornada.

7 Cap. XI.

8 En este contexto nos preguntamos por qué las ediciones castellana de España y catalana han puesto a Vísperas el subtítulo -que no figura en la edición latina- de *Oración del atardecer*, *Oració del capvespre*. La edición castellana de Colombia-México no ha añadido este título equívoco. ¿Es posible hoy que los fieles -con la única excepción de los monjes- dediquen un espacio de oración al atardecer? Cuando resulta realmente posible orar es, en todo caso, al final de la jornada laboral.